

Los enigmas de Colón

Por Marcelo Leonardo Levinas *

Se ha sostenido que nada que toque a Cristóbal Colón puede ser limpio y diáfano. Aún hoy, cuando se cumple el 510º aniversario del descubrimiento de América, perduran muchas "zonas" oscuras de su vida. Sin embargo, respecto de cuestiones tanto o más importantes los historiadores no parecen tener dudas. Una de ellas atañe a las dimensiones que Colón le atribuyó a la Tierra; otra, a lo que creyó descubrir en su primer viaje al Poniente. A pesar de ello, nos ha sido posible cuestionar las creencias más comunes y establecer otras distintas, compatibles, en todo, con la información disponible. El resultado: nuevas conjeturas acerca de lo que Colón en realidad creyó e hizo. Esta versión, diametralmente opuesta a la habitualmente aceptada, la hemos basado en sucesos rigurosamente establecidos. Atañen a lo que significa "hacer la historia": la historia como compuesta de los hechos del pasado y la Historia como la disciplina que intenta, no sólo la reconstrucción, sino también la explicación de ese pasado.

Se ha supuesto que Colón, en su estimación de las dimensiones de la Tierra, siguió a Toscanelli, quien creía que la Tierra era más pequeña que la propuesta por Ptolomeo, el gran astrónomo del siglo II d.C. Además, presumió que la proporción de la superficie ocupada por la sección terrestre era mayor, por lo que el único mar, que supuestamente separaba Europa de las Indias —el Mar Tenebroso o Atlántico—, debía ser considerado más estrecho. Basándose en las historias de Marco Polo, supuso, entonces, que el extremo Oriente se hallaba más cerca siguiendo una ruta marítima en la dirección de Occidente que yendo hacia el Este por vía terrestre. Poseer una teoría acerca del tamaño de la Tierra era fundamental para la navegación oceánica, sobre todo con vistas a calcular la longitud. Ahora bien, en el siglo III a.C., o sea, alrededor de mil ochocientos años antes, Eratóstenes había calculado las verdaderas dimensiones de la Tierra a partir de un procedimiento ingenioso, estableciendo su circunferencia en unos 40.000 km.: mucho mayor que la de Ptolomeo. ¿No conoció Colón esta información?

Dudas y mas dudas

Colón empleó nueve años para convencer a los reyes de España para que se le financiase su viaje y poder así ir en busca del Gran Khan de China, seguro sucesor de aquel del que había hablado Marco Polo dos siglos antes. En 1492 accedieron a apoyarlo a través de Las capitulaciones de Santa Fe. En ellas, se lo erigió Gobernador perpetuo de todas las islas y tierras firmes que descubriera y que ganase para España. ¿No era notable mandar y ejercer derechos sobre tierras supuestamente ya regidas por poderosos príncipes? ¿No suena extraño prefiar de qué manera habría de gobernarse lo supuestamente ya gobernado? En las Capitulaciones, se hacía referencia a unas islas y a cierta tierra firme en el Mar Océano, sin mencionar a las Indias; sí a unas míticas "Antillas" que nadie sabía bien dónde estaban y si acaso no representaban diferentes tierras denotadas, todas ellas, con un mismo nombre. Muchos mapas ya las incluían. Colón, además de portadocumentos para los príncipes de Oriente, llevó consigo clavos viejos, cuentas de vidrio, monedas sin valor y trozos de vajilla de mayólica. ¿Todo eso para conquistar gente tan rica? También lo acompañó un intérprete que hablaba árabe y arameo, pero no chino.

Existe un indicio inobjetable y es que Colón, cuando informaba a su tripulación acerca de las distancias recorridas, mentía. Una de las razones que se han esgrimido para ello es que lo hizo para que la tripulación creyese disponer de las provisiones suficientes si eventualmente se decidía regresar. Era incierta la manera de calcular la velocidad absoluta de las naves; debía ser determinada teniendo en cuenta la velocidad de la corriente. El plan preciso de Colón consistió en partir de las Canarias y dejarse llevar por el viento alisio hacia el Oeste siguiendo un "rumbo" (es decir, un camino marcado por meridianos y paralelos y como si la Tierra fuese plana). Para muchos historiadores las razones que lo habrían motivado a seguir con absoluta fidelidad el paralelo 28 fueron políticas, ya que el soberano de la competidora Portugal poseía derechos más al sur de las Canarias debido a la Paz de Alcaçovas de 1479 y la posterior Bula Aeterni Regis. Sin embargo, ¿no había sostenido Colón que iría por donde nadie había ido? ¿No conocía esa ruta? ¿No sabía en todo momento dónde se hallaba? Colón habría medido por primera vez en la historia la variación de la declinación magnética con la longitud. En ocasiones le echó la culpa de las discrepancias entre la brújula y lo indicado por la estrella Polar, a esta última. Sabemos que el 13 de septiembre, cuando apreció esa anomalía, estaba por cruzar la línea agónica, o sea, el meridiano magnético cero, donde la aguja señalaba exactamente el norte. A partir de aquí la desviación era hacia el Oeste. Pero además, la estrella Polar no era exactamente polar, esto es, no ocupaba exactamente el norte astronómico. Hoy, esta estrella es "más polar" debido a la precesión de los equinoccios que simula mover el norte en un ciclo de unos 25.725 años. Estos elementos eran decisivos para la navegación y el punto es hasta dónde Colón conocía sus consecuencias.

El enigma cartografico

Aparte de estas incongruencias, existió una fundamental referida a un mapa bastante posterior a su primer viaje; una cuestión sumamente curiosa, diríamos que extravagante y que la Historia no ha podido soslayar ni explicar. Estamos en 1507; Colón había muerto hacía casi un año. Entonces Waldseemüller diseñó un mapa inspirado en el relato de los viajes de Américo Vespucio. Vespucio había mencionado la existencia de una "cuarta parte del mundo" y Waldseemüller, en una suerte de homenaje, decidió emplear su nombre para referirse al nuevo continente: lo estampó a la altura del trópico de Capricornio. Pero incluyó el Océano Pacífico, lo que es notable: ¡seis años antes de que fuera descubierto por Balboa y mucho antes de que la costa occidental fuese explorada! Precisamente, la costa occidental de América del Sur la trazó por medio de una línea recta levemente inclinada y sin accidentes geográficos: ¡de manera muy parecida a como efectivamente es!, lo que resulta más notable todavía. También es sorprendente que en 1516, el propio Waldseemüller hiciera desaparecer el nombre "América" de un nuevo mapa, y que el supuesto Nuevo Mundo fuera representado, esta vez, como si constituyese la parte más oriental del continente asiático. O sea, diez años después de la muerte de Colón perduraba la idea de que se trataba de las Indias... Muchos viajeros pudieron haber llegado a esas tierras antes que él y es muy probable que Colón conociera la historia de expediciones que habían alcanzado ciertas tierras que casi nunca habían logrado ubicarse. Otra cosa también destacada e interesante: desde hacía mucho tiempo existía en Portugal la creencia de que el estrecho, que Magallanes reconoció en 1520 y al que originariamente llamó "de todos los Santos", había sido descubierto antes de 1428. ¿Por qué el mapamundi de Fra Mauro, concluido en agosto de 1460, señalaba en el fin de África un cabo llamado "del Diablo"? Ese extremo sur estaba separado de una gran masa por un canal rodeado de altas montañas y frondosas selvas en el que reinaba "la profunda oscuridad y los remolinos que forma el agua hacen peligrar los barcos". Esta descripción correspondía, más bien, a la del estrecho de Magallanes...

Problemas y desafíos de la historia

En todos estos menesteres los verbos en condicional patentizan la inevitable incertidumbre frente a los testimonios referidos a lo que había en el Poniente. A partir de este cúmulo de documentación, que provoca tanto dudas como certezas, han surgido algunos interrogantes sugerentes y provocativos. ¿Qué hubiese sucedido si algunas de las creencias acerca de Colón, y cuya verdad no nos consta, fuesen falsas y su rechazo lograra explicar un conjunto de situaciones asombrosas que en el marco de la historia oficial no parecen tener respuesta? ¿No es posible suponer que, en algunos puntos esenciales, Colón falsificó la información y que se vio forzado a hacerlo de acuerdo con un plan que, de obrar de manera distinta, no hubiese podido llevar adelante? Suponiendo que conocía cuáles eran las verdaderas dimensiones de la Tierra, ¿no debió ocultarlas? ¿No hubiese sido improbable que, anunciando Colón cuál era su verdadero tamaño, alguien se hubiese arriesgado a subvencionar su viaje por

creer que sería imposible llevarlo a cabo debido a la enorme distancia que habría de separar Europa de Asia? ¿No conoció la existencia de América? Deberíamos poder explicar fehacientemente cómo fue posible que Colón conociese las corrientes y los vientos favorables en su ruta de ida y su sentido contrario en la ruta de regreso (ubicada mucho más al norte), cuando supuestamente nadie había navegado esas aguas. Vignaud ha sugerido que el mito de las Indias fue un invento posterior de Colón para revalorizar las tierras descubiertas, y que su intención original fue la de ser Gobernador de unas islas del Atlántico, no de las Indias.

Fue en el marco de todos estos interrogantes que le surgió a quien esto escribe la idea de escribir la novela El último crimen de Colón. La idea fue intentar conciliar lo que se sabía con lo que se desconocía, lo coherente con lo que no lo era, y ofrecer alguna solución a los enigmas de la historia. El juego planteado resultó riguroso. Y es que todo juego debe poseer reglas claras y estrictas. La idea fue la de suponer que Colón conocía, con cierta minuciosidad, determinadas cuestiones que le convenía no difundir; sustentar la creencia de que era un genial navegante pero también un genial embaucador. Sugerir que actuó obligado por las circunstancias, pero también en función de un plan. Que se vio obligado a matar a quienes lo descubriesen para agregar un crimen más que no estuviese localizado en el tiempo y que no fuera cometido en ningún lugar particular. Un crimen de enorme vigencia, vinculado con la historia y cuyos efectos han alcanzado nuestros tiempos: ése fue su último crimen. Para ello se debían justificar los beneficios de semejante comportamiento y explicar por qué Colón guardó sus secretos hasta su muerte soportando la idea de que, con su obrar, el nuevo continente no llevaría su nombre. Puede afirmarse, entonces, que el principal protagonista de la novela es la propia historia y que Colón se mofó de los hechos y fundó otros en formidables engaños. Que se burló de los cronistas e historiadores empleando las mismas armas que muchas veces ellos emplean: la ambigüedad, la omisión, las interpretaciones dudosas. Para ello se debió provocar un nuevo montaje de los hechos. Colón habría disfrutado de una oportunidad única, inédita, irrepetible. Vivió en una época en la que los hombres se intrigaban con los más grandes enigmas y entre ellos sobre todo uno: ¿cómo era la Tierra? Por eso, quizás, el resultado del trabajo refleje lasoberbia ironía de un combate en el que la mayor protagonista es la lucha entre la historia de los hechos y la historia tal cual nos es relatada.

* Doctor en Física, profesor de Filosofía, investigador del Conicet. Profesor y actual director del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). También autor de la novela El último crimen de Colón (Alfaguara, 2001).



© 2000-2009 www.pagina12.com.ar | República Argentina | [Política de privacidad](#) | Todos los Derechos Reservados

Sitio desarrollado con software libre [GNU/Linux](#).

HISTORIA

¿Colón ya sabía de América?

El descubridor del nuevo continente escondería más de lo que cuenta la historia oficial.



Por
**MARCELO
LEONARDO
LEVINAS ***

Existen muchas zonas oscuras en la vida de Cristóbal Colón. Por ejemplo su origen, su carácter, sus opiniones y creencias. Sin embargo, en cuestiones más importantes, los historiadores se han puesto de acuerdo. Un caso corresponde al de las razones que tuvo para emprender la aventura del Atlántico. Otro, a lo que creyó descubrir. Quizás el acuerdo más importante se refiera a las dimensiones que Colón le atribuyó a la Tierra. Se piensa que en este punto siguió a Toscanelli, quien había imaginado un mundo más chico que el de Ptolomeo, ya bastante menor que el real. Se cree también que a partir de las informaciones aportadas por Marco Polo, quien supuso a Cathay (China) muy distante hacia el este, Colón estimó que el camino a las Indias en la dirección contraria debía ser considerablemente menor. Que además pensaba que entre Europa y Asia sólo había una masa de agua: el Atlántico, el temido Mar Océano. Por eso la empresa de alcanzar las Indias les fue presentada a los reyes de España como algo absolutamente viable y a la vez beneficioso. Su factibilidad se apoyaba, además, en algunas novedades técnicas que por entonces hacían más propicia la navegación oceánica. Una de ellas era la carabela, un tipo de nave que gracias a su forma y tamaño permitía una mejor relación entre la cantidad de carga y el número de tripulantes.

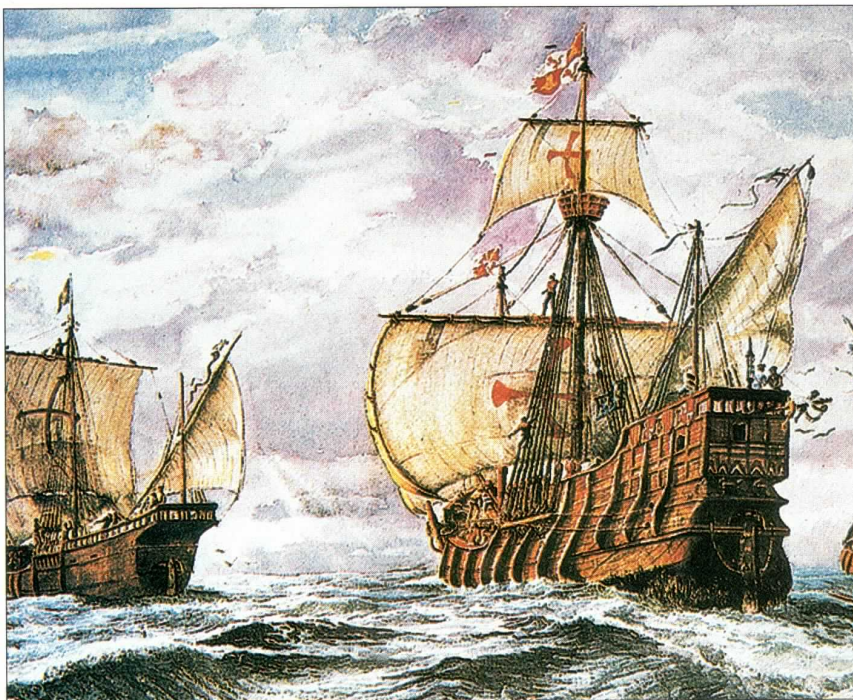
La Historia nos cuenta que Colón emprendió el camino de las Indias con la Santa María, y dos carabelas: la Pinta y la Niña. Que luego de una escala de casi un mes en Canarias, pegó el gran salto. Y que muy probablemente, de no estar América en el medio del camino, un eventual regreso hubiese sido imposible debido a la escasez de provisiones. Colón, se afirma, llegó a un nuevo mundo, pero en realidad creyó estar en la antesala de Asia. Regre-

só en la Niña -la Santa María había naufragado la noche de Navidad cerca de una playa de la isla La Española- por un camino situado más al norte, siguiendo la corriente que hoy denominamos del Golfo. Primero llegó a Portugal y luego a España. Fue recibido con todos los honores y después emprendió tres viajes más, cada uno con características diferentes. Murió en 1506, absolutamente convencido, según se cree, de haber llegado a las Indias por el mejor camino posible. Pero lo cierto es que existen muchas cuestiones extrañas que la Historia no ha podido soslayar ni explicar.

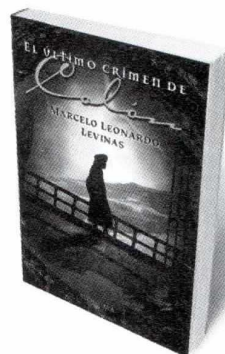
LAS INCÓGNITAS. Waldseemüller, un impresor alemán, en 1507 estampó en un mapa por primera vez el nombre de América para referirse a lo que según creyó era un nuevo continente. Lo hizo en honor de un viajero, al que Colón había conocido, llamado Américo Vesputio. Si se observa el mapa-



mundi de Waldseemüller, resulta por demás asombroso el fiel trazado que ofrece de la costa oeste de América del Sur, a la que sitúa sobre un nuevo océano que hoy llamamos Pacífico. Pero este océano recién fue descubierto en 1512, o sea cinco años después



Fotos: Cedoc.

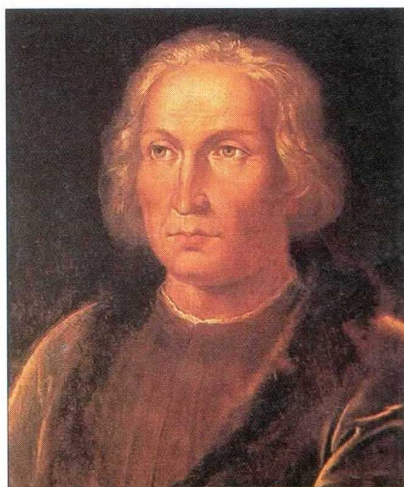


DESCONOCIDO. Levinas cree que Colón mintió sobre su destino para que le solventaran el viaje. En su libro, "El último crimen de Colón", novelizó una serie de hipótesis ciertas que pueden dar al viajero una perspectiva desconocida.

de impreso el mapamundi. Más notable aún es que en 1516 Waldseemüller hiciera desaparecer el nombre de América de un nuevo mapa y que el supuesto nuevo mundo fuera representado, esta vez, como si constituyese la parte más oriental del continente asiático. Esto nos dice que diez años después de la muerte de Colón, perduraba la idea de que éste había alcanzado las Indias.

TIERRA DESCONOCIDA. Otro tema que no se puede soslayar atañe a la gran cantidad de leyendas que describían tierras y pueblos pertenecientes a un mundo situado hacia occidente, que no era Asia. En las capitulaciones de Santa Fe -contrato cerrado entre Colón y los reyes de España- se hacía referencia a unas islas y a cierta tierra firme en el Mar Océano, pero no se mencionaba ni a las Indias, ni a Cipango (Japón) ni a Cathay. Existían unas míticas Antillas que nadie sabía bien dónde estaban y si acaso no representaban diferentes tierras con un mismo nombre. Existen otros dilemas. Hechos extraños, cosas inexplicables que parecen contradecir muchos puntos de la versión oficial.

Surge entonces una pregunta sugestiva: ¿en qué medida aconteció lo que según se afirma, aconteció? ¿Qué hubiese sucedido si alguna de las conjeturas o hipótesis que se formulan, y cuya verdad no nos consta, fuese falsa? Cabe la posibilidad de que Colón hubiese tenido ideas distintas, y que



por ejemplo supiese muchas cosas que otros no sabían. ¿No se podría suponer que en algunos puntos esenciales mintió y que se vio forzado a hacerlo para que financiasen su expedición? Supongamos que conocía cuáles eran las verdaderas dimensiones de la Tierra, entonces ¿no debió ocultarlas? Convengamos que si Colón hubiera informado cuál era esa extensión, hubiese sido improbable que alguien se hubiera arriesgado a subvencionar su viaje (por creer que sería imposible llevarlo a cabo dada la enorme distancia que habría de separar Europa de Asia). Nos encontramos con

muchos asuntos dudosos, pero también disponemos de hechos inobjectables.

MENTIRAS PIADOSAS. Lo más difícil es llegar a discernir en qué asuntos Colón pudo haber dicho la verdad y en cuáles no. Intentar explicar cosas tan extrañas como su disposición a ir en busca de las más grandes riquezas y las especias más exóticas en el imperio del Gran Khan -el rey de reyes- y, no obstante solicitar que, desde el momento mismo de partir, se lo nombrase Gobernador de esos lugares supuestamente ya gobernados por ese Khan. ¿Por qué llevar baratijas para intercambiar con los potentados habitantes de aquellas tierras de Marco Polo? ¿Por qué llevar un políglota que conocía tantas lenguas pero no el chino? Debería poder explicarse cómo fue posible que Colón conociese las corrientes y los vientos favorables en su ruta de ida y su sentido contrario en la ruta de regreso ubicada mucho más al norte, cuando supuestamente nadie había navegado por esas aguas. Más aún, al leer el contradictorio diario de Colón, la sensación es de que él pareció saber todo o casi todo y que incluso llegó a imaginar muchas cosas que irían a suceder en el futuro.

¿Por qué Colón guardaría sus secretos hasta su muerte? ¿Cómo es posible que hubiese chocado contra semejante continente y nos haya persuadido a todos de que lo que imaginó hallar fue tan sólo un esbozo de las Indias? ¿Para qué haría eso? No me fue sencillo encontrar las justificaciones a semejantes actos.

A medida que escribía el libro "El último crimen de Colón" fui encontrando las respuestas. Existe, en principio, una razón por la cual mantuvo el engaño hasta el final. Si había tierras desconocidas, su lógica le señalaba que deberían estar habitadas. Pero el reconocimiento de la existencia de esos otros, diferentes, hubiera cuestionado ni más ni menos que el dogma católico: la unidad del género humano. Resultaba inconcebible la sola existencia de seres que no hubieran surgido de la pareja original. La creación del hombre se ponía en duda. Y si quería hacer el viaje y además, ser financiado, Colón no podía comunicar esta idea a los reyes católicos.

Segunda posibilidad: las tierras a las que arribaron no poseían ninguna de las riquezas soñadas por sus hombres, por lo que nuestro Almirante debía hacerles creer que habían llegado a Asia, y que era un destino provisorio para luego seguir adelante con su empresa. Esto justificaría el porqué de otros viajes que realizó al mismo continente. ●

*DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA, UBA. AUTOR DE "EL ÚLTIMO CRIMEN DE COLÓN".

El mundo de lo posible

▶ Por Marcelo Leonardo Levinas

Para recrear el pasado es inevitable una arbitraria elección de los hechos, así como resulta ineludible una particular selección de información; para esto el autor de novela histórica suele recurrir a un esquema selectivo con elementos propios de la novela policial. Es que, especialmente en este género, el enfoque y el recorte “deciden” qué es “lo que queda”, de forma tal que lo que permanece se convierte, ni más ni menos, en “lo que fue”. Nos dice Vargas Llosa que “al traducirse en lenguaje, al ser contados, los hechos sufren una profunda modificación. Al elegir unos y descartar otros, el novelista privilegia una y asesina otras mil posibilidades o versiones de aquello que describe: esto, entonces, muda de naturaleza. Lo que describe se convierte en lo descrito”. En consecuencia, lo que se desea recuperar del ayer para transformarlo en historia depende de cómo se atiendan y jerarquicen los problemas que, según se supone, definieron el pasado. Así, para establecer una trama es fundamental distinguir entre lo que el escritor presenta como hechos inobjetables y lo que entiende como hechos hipotéticos. En particular, en la novela histórica distinguirlos claramente resulta ineludible y plantea un acuerdo tácito entre el autor y el lector. La verosimilitud del relato basado en hechos aceptados y en una ambientación muy estudiada hace que el escritor mismo experimente la sensación de que su novela prefigura el fiel reflejo de los acontecimientos que se han producido. O sea, uno debe intentar reflejarse en un lector desconfiado aunque finalmente convencido. Generalmente, la novela histórica posee un relator omnisciente que no sólo sabe todo sino que también decide la manera de relatar los hechos de acuerdo con su propia conveniencia. Eso se manifiesta sobre todo en su forma de narrar: el énfasis en el empleo de ciertas palabras, el uso de expresiones categóricas y de anécdotas expuestas de manera verosímil como soportes de la trama, el modo de referir las cuestiones oscuras en la vida, constituyen verdaderas herramientas literarias.

Solemos asociar “ficción” con algo imaginado, pero ¿en qué medida el escritor describe solamente ficciones y el historiador solamente hechos? Un gran suceso histórico puede ser explicado a partir de diferentes reconstrucciones parciales, muchas de ellas imaginadas, que alcanzan un mismo resultado desde una interpretación distinta. El ejemplo literario más estupendo acerca de cómo un mismo acontecimiento puede ser expuesto de manera diferente por sus propios protagonistas se encuentra en el conocido cuento “En el bosque” de Ryunosuke Akutagawa, donde los distintos personajes (que incluyen el espíritu de un muerto), agregando y sacando situaciones, exponen versiones absolutamente divergentes pero compatibles entre sí de un hecho trivial.

Así como reivindicamos la imaginación como elemento fundamental de lo histórico y de lo literario, es posible y legítimo imaginar diferentes razones para los hechos reconocidos como verídicos que agreguen y enriquezcan el argumento de una historia. Este es un juego muy propio de la novela histórica; más aún: ¿no resulta imprescindible? Precisamente, consiste, a mi entender, en priorizar la creatividad en el uso de lo verosímil por encima de una esclerotización de lo verídico. Lo verosímil lo es porque es posible; mientras que lo verídico debe soportar la pesada carga de lo particular, por lo que resulta irrepetible. Esto jerarquiza la flexibilidad argumental de la literatura por sobre la rigidez de la mera

crónica. En este sentido, la novela histórica provoca un límite impreciso entre el descubrimiento y la invención. En la novela histórica, a la vez que se descubre, se inventa.

Es que todo lo posible es admisible, es susceptible de historiarse, de ponerse en palabras, de hacerse literatura. Más teniendo en cuenta que partimos de la base de que no tiene sentido ni es factible buscar en las cosas lo que realmente aconteció, dado que todo lo que sabemos está imbuido de la intencionalidad con la que se aprende o se presume: tiene la forma de la creación literaria. La creatividad, en el sentido de crear algo nuevo, es necesaria para reconstruir cualquier historia. Pero debe tenerse en cuenta, también, la creatividad del lector. Quizá sea en este tipo de novelas – en las que se reniega de un pasado admitido y se proponen otros pasados posibles– donde el lector es más activo y hace uso de su propia creatividad. Está en el lector recrear un pasado lleno de intrigas, susceptible de ser interpretado de muchas maneras. El lector asume esa extraordinaria actividad de caminar por la imaginación de la mano del autor, pero con sus propios pies y sus propios ojos, asumiendo todo lo que lo escrito puede ofrecer, para reelaborarlo así en una actitud personal. Quizá ningún otro vehículo como la imaginación que opera durante la lectura tolere un rol tan activo.

Por todo esto, el juego intentado en la novela histórica consiste en trabajar con las imposiciones que ejerce la historia relatada sobre la historia acontecida. Y en esta tarea el escritor puede fracasar y no ser convincente, o puede triunfar logrando que el lector se vuelva cómplice y trabaje con su imaginación y, así, hacer de la historia algo aún más convincente.

Marcelo Leonardo Levinas fue director del departamento de Historia de la UBA. Escribió la novela histórica *El último crimen de Colón* (Alfaguara, 2001).